

Memorias de un caballo de la Independencia

GONZALO ESPAÑA

Ilustrado por
JUAN GAVIRIA





Leer es mi cuento 34

Memorias de un caballo de la Independencia

GONZALO ESPAÑA

Ilustrado por
JUAN GAVIRIA



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



Biblioteca
Nacional de
Colombia

**MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA**

Carmen Inés Vásquez
Ministra

**MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL**

María Victoria Angulo
Ministra

* * *

AUTOR

Gonzalo España

Ilustrador

Juan Gaviria

Editor

Iván Hernández

Coordinadora editorial

Laura Pérez

COMITÉ EDITORIAL

Amalia de Pombo Espeche

Directora de Artes

Ministerio de Cultura

de Colombia

Diana Patricia Restrepo

Directora Biblioteca

Nacional de Colombia

María Orlanda Aristizábal

Coordinadora de Literatura y Libro

Ministerio de Cultura de Colombia

Iván Hernández

Editor de la serie

Leer es mi cuento

* * *

Primera edición, abril de 2020

ISBN: 978-958-5488-91-5

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al

Ministerio de Cultura de Colombia;

el permiso para su reproducción física

o digital se otorgará únicamente en los

casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso a:

literaturaylibro@mincultura.gov.co



Memorias de un caballo de la Independencia

GONZALO ESPAÑA

(Selección)



Estos papeles, querido lector, fueron encontrados en un viejo establo, dentro de un cajón de herramientas que además contenía un martillo, unas tenazas, muchos clavos oxidados y algunas herramientas en forma de media luna, de las que se usaban antiguamente. Todo había sido abandonado hacía mucho tiempo; el que los encontró los leyó con curiosidad y los guardó. Fueron pasando de mano en mano hasta llegar a nosotros, que los hemos estudiado con sumo detenimiento.

De nuestro estudio, llevado a cabo con el mayor rigor científico, se concluye que, efectivamente, estas memorias fueron escritas por un caballo. Sin lugar a dudas las escribió con sus propios cascos. Otra conclusión es que todo lo que cuenta es verdad. Es por eso que hemos decidido publicar este libro sin perder un segundo.

Los hechos narrados por Atercióbulo Herrado (así se llamaba el autor de estas páginas) transcurrieron a lo largo de la guerra de Independencia, más o menos entre 1814 y 1819. Esta contienda fue librada en buena parte por patriotas y realistas en los llanos de Venezuela y Colombia. Ambos bandos se valieron de grandes cantidades de caballos para matarse mutuamente. Sin lugar a dudas, Atercióbulo fue uno de esos animales.

Aunque no ha sido encontrado, el decreto mediante el cual Simón Bolívar lo ascendió a coronel, por su valor y sacrificio, aparece mencionado en muchos libros. Damos por descontado que Atercióbulo Herrado fue el único caballo que obtuvo este rango militar en lo que va corrido de la historia caballar.

Lo demás lo conocerá el lector por sus propios ojos.

Le recomendamos apertrecharse de un buen bocadillo y un vaso de leche.

El Editor



Soy un viejo caballo.

El cuero de mis lomos está ahora manchado de líquenes verdosos, como el tronco de los árboles centenarios.

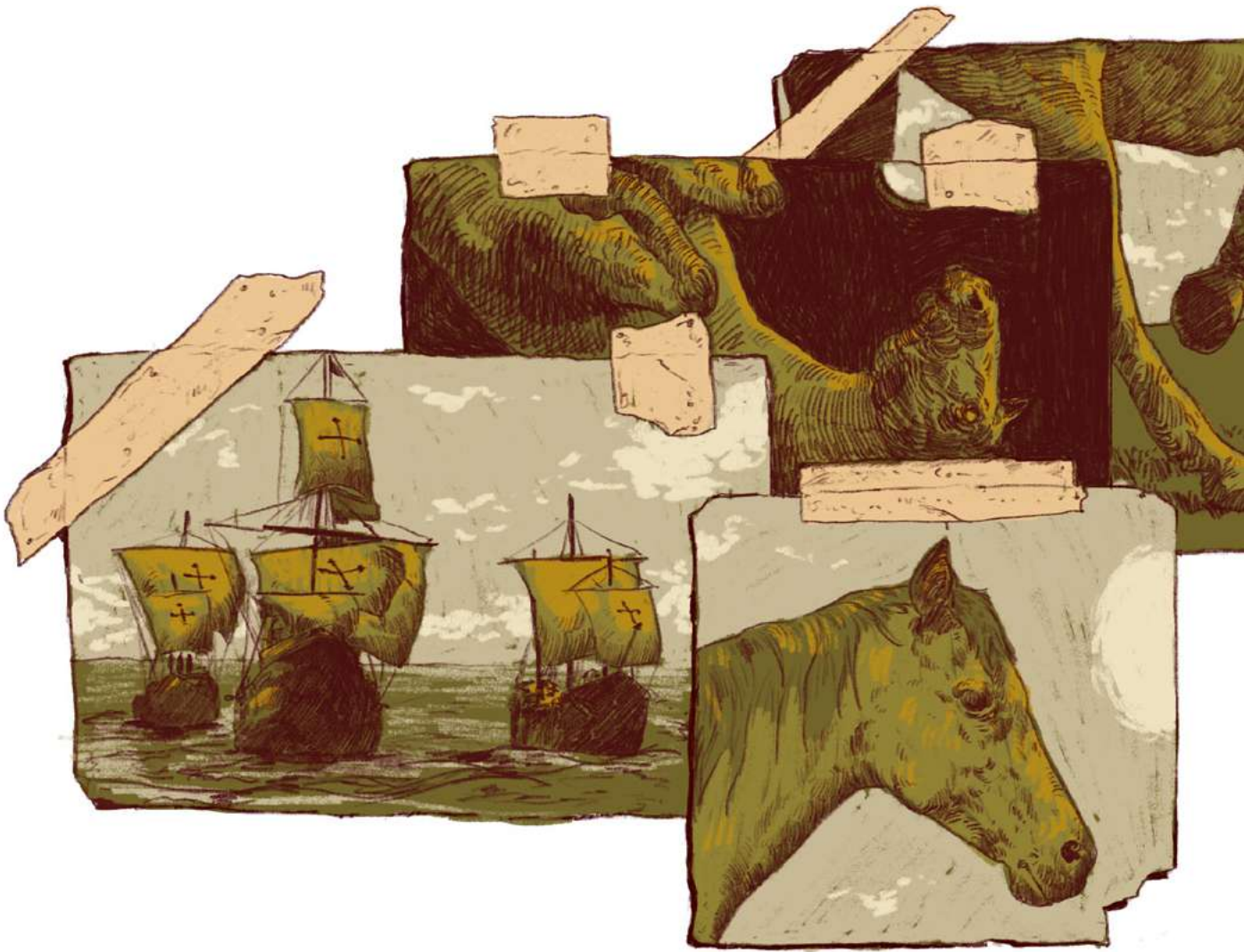
Por las mañanas los pajaritos vienen a picotearme y hacerme cosquillas buscando bichos diminutos en los surcos de mi piel. Mientras espigan, van cantando.

Desde hace tiempo camino despacio, muy despacio, mis coyunturas se han puesto duras y reumáticas, me duelen y traquean al moverse.

Creo que mis días acabarán pronto, por eso he decidido aprovechar el tiempo que me resta escribiendo estas memorias. He vivido mucho, he visto muchas cosas, supongo que es bueno que mis descendientes las conozcan y mediten sobre ellas.

Empezaré contando de dónde vengo y cómo fueron los tiempos felices de mi niñez, interrumpidos en mala hora por la guerra.





1. Quién soy y de dónde vengo

Mis primeros antepasados llegaron a las tierras americanas luego de una larga travesía por mar.

Los trajeron en las bodegas de los buques de entonces, colgados de cinchas, como se cuelgan los jamones y los quesos, para que no fueran a estropearse con el movimiento del barco, pero se marearon mucho y al llegar a tierra firme la cabeza les daba tantas vueltas que no podían tenerse en pie.

Los españoles los traían para convertirlos en caballos de labor, de carga y de monta, ellos venían tristes, pero tan pronto vieron los llanos renació su alegría. Sus ojos jamás habían contemplado un campo tan hermoso, tan oloroso a hierba silvestre, tan liso y alfombrado de prados, tan inmenso y florecido de tréboles jugosos.

De inmediato les entró picazón en las ancas y en los cascos por echarse a correr en semejante paraíso.

Al primer descuido de sus dueños españoles rompieron las caballerizas y se internaron en las inmensas praderas, donde ya nadie pudo encontrarlos. Allí vivieron libres y felices.

Lo mismo ocurrió en las enormes pampas argentinas.



Mis abuelos y tatarabuelos, y los abuelos de ellos, se reprodujeron en estos llanos por millones. Aquí nació yo, ligero y libre como el viento.

Lo malo fue que después llegaron los toros y las vacas, especie muy inferior a nosotros, pero muy envidiosa. Ellos también hicieron lo mismo: al primer descuido de sus dueños escaparon de los corrales y se reprodujeron alegres en las praderas, formando manadas de millones y millones.

Detrás de los toros y las vacas vino el hombre. Los cazaba para aprovechar su carne y sus cueros, cosa que no estaba mal. El único inconveniente era que para perseguir y dar caza a los toros y a las vacas necesitaban de nosotros, los buenos caballos. Nos enlazaban a unos cuantos, nos domaban y sólo así podían darse al trabajo de juntar y hacer suyas las reses.

Esto, a decir verdad, no nos afectó mayor cosa. Nuestras manadas eran inmensas, unos cuantos que fuéramos convertidos en caballos de monta no tenía gran importancia.

Pero entonces vino la guerra y ambos bandos, los patriotas y los realistas, necesitaron de miles y miles de caballos para pelear y diezmarse.

Esto ocurrió cuando yo era apenas un potrillo.

2. La gran junta de los caballos

Por aquel tiempo mi padre, un robusto alazán cuyo pelo cambiaba de color a la luz del sol, era el jefe de la manada. Lo llamaban el Tornasolado y no existía nadie más orgulloso, fuerte y bello que él. Nadie discutía su autoridad.

Mi madre y las demás yeguas y jacas, además de tratarnos con sumo cariño, nos enseñaban a evitar los peligros del llano y a comportarnos como buenos chicos.

Nuestra manada, a pesar de ser muy numerosa, formaba apenas un punto en la inmensidad del llano. Ninguna otra se divisaba en aquel mar de hierba, nada alteraba el verde tapete que parecía no tener fin.

Pero un buen día apareció en lejanía otro grupo de caballos.

Una alegría contagiosa nos invadió a todos como cuando se anuncia la visita de unos primos juguetones. Relinchábamos y trotábamos llenos de gozo.

Bien pronto se pudo apreciar que los visitantes formaban una manada tan numerosa como la nuestra.

Pero la sorpresa no acabó allí, pues en los días siguientes apareció otra y un poco después otras dos o tres. No exagero al decir que al cabo de una semana éramos cientos de manadas y más de diez mil caballos, contados yeguas, potrancas y potrillas.

En cierto momento el llano estuvo repleto hasta el borde y aún continuaban llegando.







3. Lo que Nube bajita ordenó

Aquella gran concentración de caballos, la primera que vieron mis ojos, tenía por objeto discutir los problemas que nos había traído la guerra.

La guerra había aumentado de manera alarmante la cacería que nos hacían los humanos, razón por la cual nosotros, al igual que los toros y las vacas, debíamos trasladarnos, sin perder un segundo, a territorios más seguros.

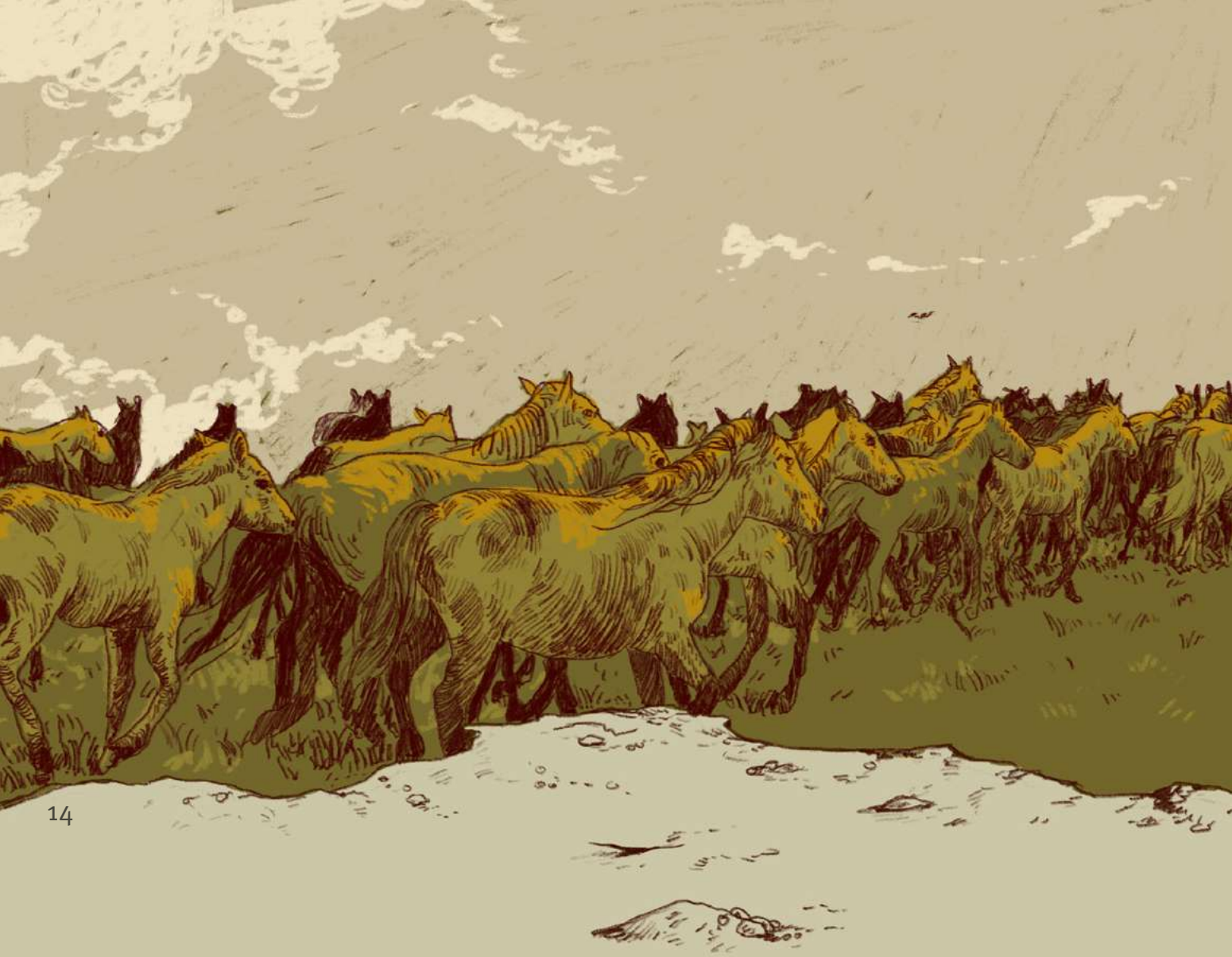
Debo recordar que los lanceros patriotas y realistas no se contentaban con poseer un solo caballo. Los duros ajetreos de los combates nos agotaban en unas pocas horas, un jinete llanero debía contar mínimo con dos o tres caballos de reemplazo para mudarlos a medida que los animales se fueran cansando. Las grandes escuadras que ahora desfilaban por el llano llevaban consigo multitud de caballos cautivos.

El jefe máximo de todas las manadas reunidas en aquella ocasión era un caballo blanco que parecía hijo de un dios, el más bello ejemplar que nadie pueda imaginar, el más inteligente de todos. Los llaneros, que lo habían visto a distancia, habían hecho de él una leyenda. En una o dos ocasiones habían intentado atraparlo. Realistas y patriotas lo codiciaban, los unos para regalárselo a Boves, los otros para dárselo a Bolívar. Lo apodaban el Palomo. Su nombre entre nosotros era Nube bajita.

Nube bajita expuso a todos la necesidad de llevar a cabo un desplazamiento masivo. Si queríamos conservar nuestra libertad y salvar nuestra especie era preciso buscar nuevos horizontes ya que los humanos no se cansarían de cazarnos.

El lugar escogido fue el Pailón del Apure, un territorio muy apartado dentro del mismo universo del llano.

Por desgracia, allí acabaría librándose lo más fiero de la guerra de Independencia.



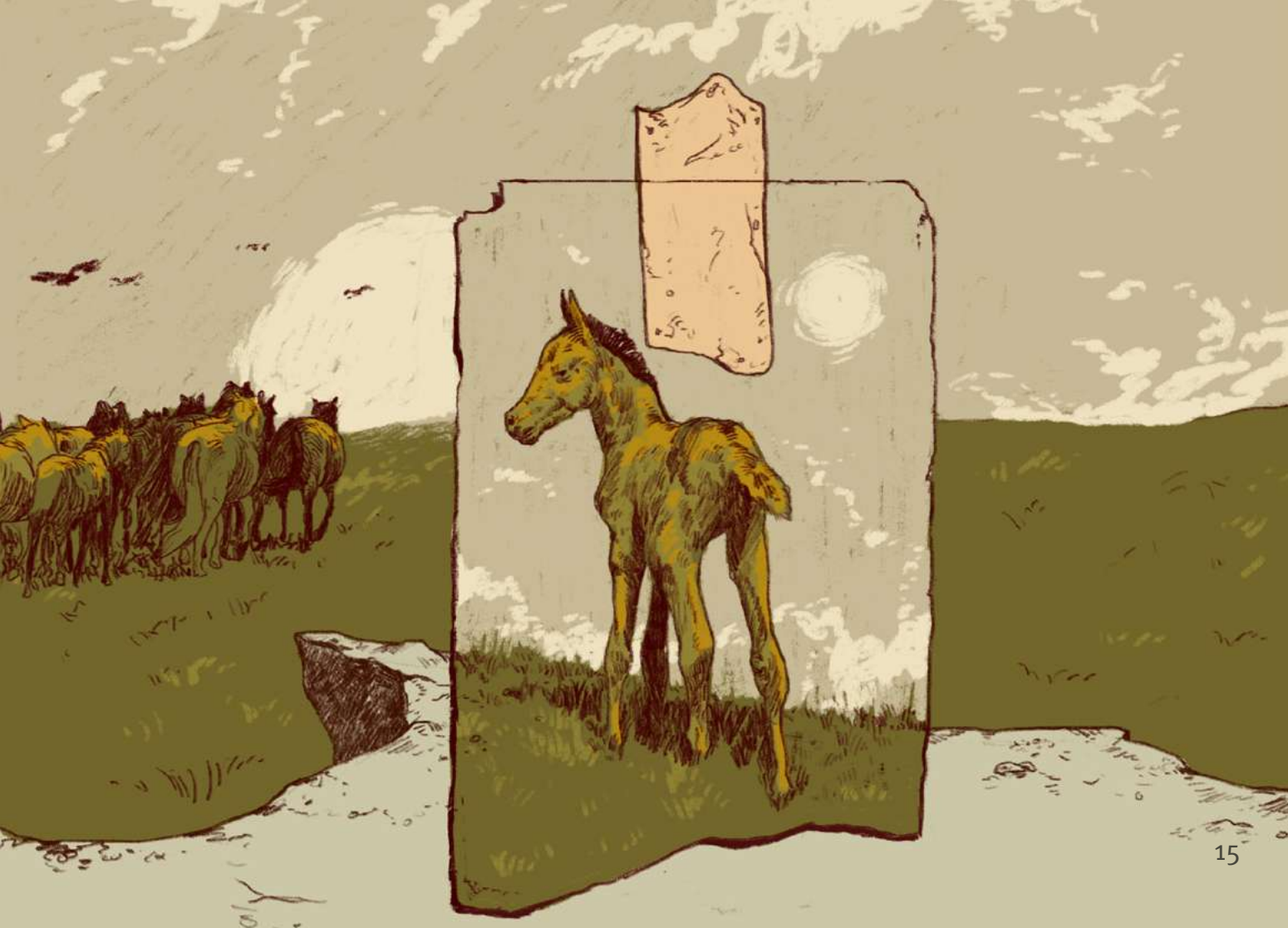
4. La peregrinación llano adentro

Además de dirigir las manadas en momentos de peligro y congregarlas alrededor suyo, Nube bajita presidía las fenomenales estampidas a llano abierto que, con el objeto de mantenernos ágiles y vigorosos, realizábamos una o dos veces al día.

La meta de estas embestidas, que ponían a temblar la tierra como si fuera el cuero de un tambor, consistía en dejar el viento atrás. A nuestro paso se alzaba una nube de polvo que llegaba hasta el cielo. Levantar semejantes polvaredas era nuestro máximo orgullo.

Por desgracia, estas mismas polvaredas nos ponían en peligro ya que desde muy lejos le indicaban a los humanos el lugar donde nos hallábamos.

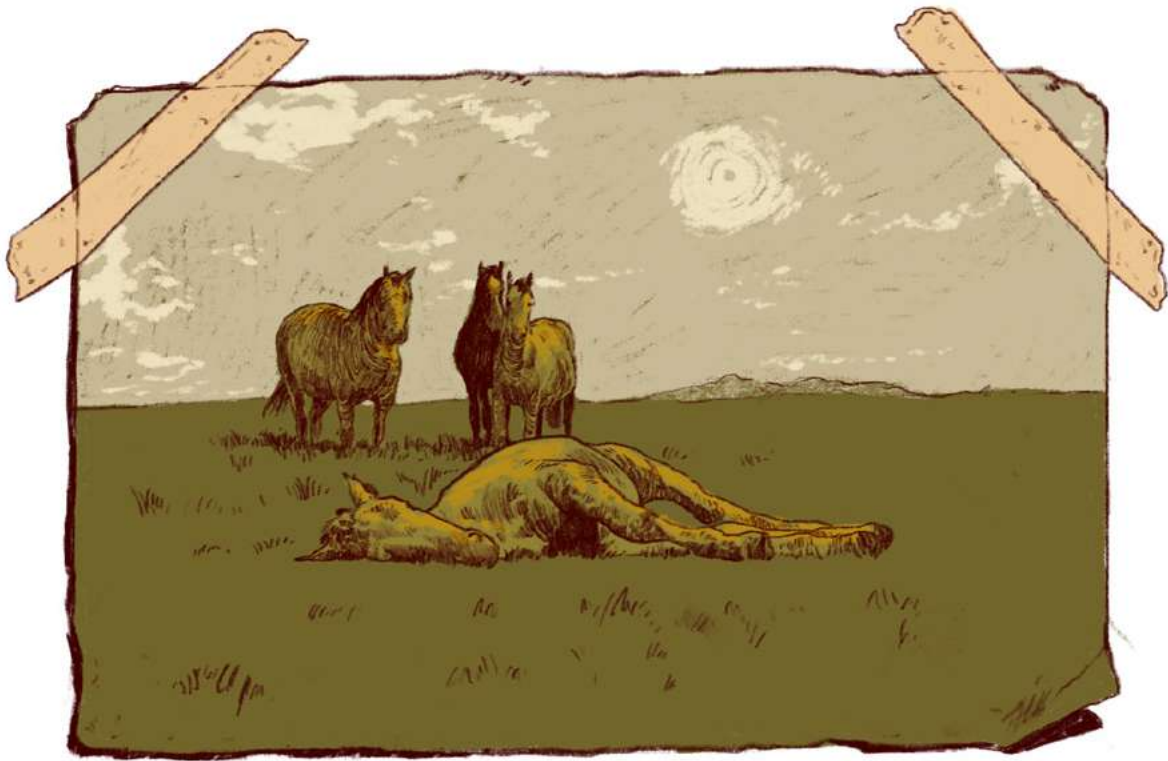
Tras acatar las órdenes y los consejos de Nube bajita nos pusimos en movimiento. Los potros corríamos como locos de un lado a otro, buscando las pequeñas elevaciones del terreno para contemplar tan hermoso espectáculo. Era como si una gran avalancha hubiese empezado a rodar sobre la verde alfombra del llano.



La travesía tomó varias semanas. Cruzamos muchos ríos y pantanos, cuyas orillas estaban tan plagadas de patos, garzas, caimanes y tortugas que no se podía caminar. Cuando los patos levantaban vuelo oscurecían el cielo. Las bandadas de garzas lo teñían de suaves arboles.

En algunos lugares, el llano estaba poblado por inmensas aglomeraciones de venados, en otros, lo habitaban unos grandes roedores llamados chigüiros. La vida palpitaba en todas partes, como si la amenaza de la guerra no la intranquilizara. El Pailón del Apure, al que finalmente llegamos, era un mundo donde cabían miles de manadas. Cada una escogió el lugar que le gustó más y estableció allí su nuevo hogar.

Nos separamos de nuestros compañeros de viaje y ya no volvimos a vernos.



5. La llegada del usurpador

16

De tiempo en tiempo, caballos que perdían a sus jinetes en medio de las violentas refriegas venían a integrarse a la manada.

En ocasiones llegaban con sus sillas y sus bridas todavía puestas y los ayudábamos a librarse de ellas a punta de mordiscos. Otras veces venían heridos y tardaban mucho tiempo en sanar. Ellos nos traían noticias de la forma como evolucionaba la guerra, cada vez más desfavorable a los patriotas.

Recuerdo que hacia finales de ese año se presentó un trotón de muy buena alzada, cojo y malherido de numerosas lanzadas.

Durante varios días permaneció cerca, como implorando un poco de misericordia para no morir solo y abandonado. Su estado era tan precario que mi padre se le acercó y le ayudó a quitarse los arreos que aún conservaba encima, en particular el pesado y estorboso freno de cobre, que no le permitía comer. El ejemplo fue imitado por todos los demás, que acudimos a lamer sus heridas para ayudarlas a sanar.

Esta amorosa acogida produjo un inmediato milagro: el moribundo se repuso en menos de una semana, empezó a comer hierba con un hambre voraz y cambió de pelo de un día para otro. Pudimos ver entonces un caballo lozano y lustroso, de gran porte y desmedida ambición, pues la vida en los cuarteles humanos le había abierto mucho los ojos.

Durante cierto tiempo aparentó comportarse a las mil maravillas, ser muy respetuoso de los dominios que lo acogían y mostrar acatamiento y buena fe, pero cuando hubo recobrado por completo las fuerzas, decidió disputarle la jefatura a mi padre.



Su primer acto de desafío consistió en pretender para sí a todas las hermosas yeguas del grupo. En la mañana invitaba a pasear a la una, en la tarde a la otra, y muy pronto se le vio muy ufano y provocador, trotando al lado de todas ellas juntas.

Mi padre se mostraba preocupado y nervioso, y caracoleaba lanzando pequeños resoplidos para advertir al insolente que aquella era su familia, a veces interponiéndose entre él y la yeguada, a veces tratando de apartarlo con suavidad.

El resultado de todo esto fue que el trotón se irguió de pronto sobre sus patas traseras y le soltó un terrible derechazo a la cara, derribándolo por el suelo.

Todos los cascos de aquel mal sujeto estaban reforzados con herraduras de hierro que le habían colocado los humanos. El golpe fue demoledor.

—¡Has de saber, Tornasolado idiota, que yo fui el caballo insignia de José Tomás Boves! —relinchó muy ufano, colocando las patas sobre el pecho de mi padre—. ¡Yo cabalgué victorioso al frente de la Legión Infernal. ¡Apártate de mi camino si no quieres morir!

Aquellos nombres nos llenaron de temor. Caballos llegados en épocas anteriores habían contado que el tal Boves era el diablo en persona.

Mi padre no pudo levantarse a pelear, el filo del casco le había abierto la quijada. Fuerte y acerado como era, se alejó cabizbajo, situándose a prudente distancia, cual si no quisiera disputar las decisiones del nuevo jefe.

6. El reinado del miedo

Desde ese momento comenzó el reinado del miedo, porque el recién entronizado señor no solo quería dominarnos y mandar como un rey, sino cargar con todos nosotros para integrarnos a la Legión Infernal y ponernos al servicio de Boves.

Mañana y tarde nos hacía galopar y emprender brutales cabalgadas, dizque para prepararnos y templar nuestros músculos, y también nos obligaba a saltar sobre zanjones y espinos, diciendo que esa era la forma como se arremetía contra el enemigo.

Al que fallara en lo más mínimo lo pateaba y lo mordisqueaba.

Todo esto lo observaba mi padre a la distancia, sin atreverse a intervenir, como un perfecto cobarde. La única esperanza de evitar el destino que nos esperaba era enviar un llamado de urgencia a Nube bajita, pero nuestro dictador no se descuidaba un segundo y nadie podía alejarse.

Cada vez estábamos más sometidos y más fatigados, parecíamos condenados a engrosar las filas de la Legión Infernal, nuestro destino se anunciaba fatal.

No es que nuestras simpatías estuvieran del lado de los patriotas, nada de eso. Ambos bandos se aprovechaban de nosotros y nos causaban daño, a ninguno lo queríamos. Pero tan solo de escuchar el nombre de Boves y su tétrica legión se nos erizaba el espinazo.

Por fortuna, una tarde de finales de 1814 apareció por la llanura un emisario de Nube bajita, que venía gritando: “¡Boves ha muerto! ¡Boves ha muerto!”.

Ni siquiera se detuvo a explicar el anuncio, sencillamente lo proclamó varias veces y siguió de largo, dejando una estela de polvo levantada por sus cascos.

Todos nos volvimos a mirar al dictador a la cara y lo encontramos lívido y consternado. Su faz se había descompuesto, sus ojos giraban sin control en las órbitas, como buscando una solución desesperada para salir del apuro. Pero antes de que pudiera hallarla se escuchó un desafiante relincho.

Volvimos la cabeza y encontramos que nuestro antiguo jefe, mi padre, avanzaba muy gallardo al encuentro de su adversario, caracoleando como el más altivo de los caballos de la raza andaluza. Nos apartamos para hacerle calle de honor y cruzó por el medio, como todo un campeón.





Pocos seres en el mundo pueden ufanarse de haber contemplado un duelo como aquel. El dictador no tuvo más remedio que aceptar el desafío y pelear. Parado en sus patas traseras lanzó los primeros golpes, pero mi padre los esquivó tirando a un lado el cuerpo y propinándole un par de coces que le estremecieron todos los huesos.

Golpe va, golpe viene. ¡Tras!, ¡plam!, ¡plumple! La trifulca se prolongó desde el mediodía hasta el anochecer, y se reanudó temprano a la siguiente mañana, con tanta furia y arrojo que en ocasiones parecía que cada golpe fuera el último.

En varias ocasiones el usurpador agachó la cerviz e intentó retirarse, sin importarle el honor, tales eran los golpes que recibía, pero mi padre le cortaba la retirada y lo obligaba a continuar peleando.

No le permitía ni siquiera el privilegio de la derrota, uno de los dos debía morir.

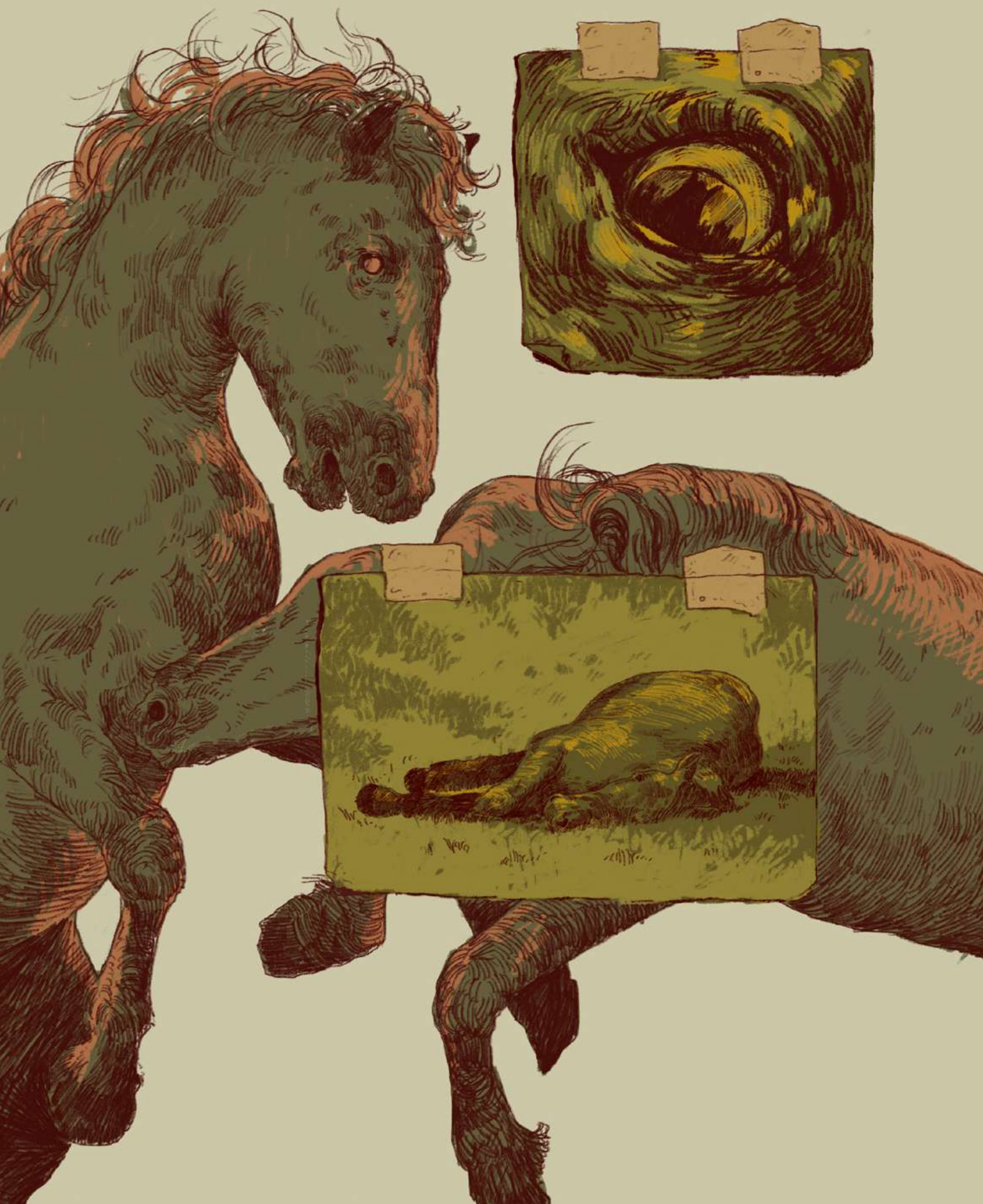
Y así fue, porque finalmente el intruso se desplomó al borde de la muerte.

Yo me acerqué para certificar su fin y lo escuché balbucir una terrible profecía, en medio de sus últimas convulsiones:

—De poco les valdrá librarse de mí, porque la discordia continuará para siempre entre ustedes.

Y tras soltar esta maldición, expiró lanzando un corto y estrangulado relincho.







7. Crespitos de sol

A pesar de tan terrible profecía, durante los siguientes meses vivimos unidos y en paz. Yeguas, potros, potras, potrancas y potrillos volvieron a agruparse en torno de mi padre, reconociéndolo como a su único jefe. Todos estábamos felices.

Como hijo suyo lo amaba más que nadie y estaba muy lejos de querer causarle un disgusto, y menos rebelarme contra su autoridad, pero he aquí que un buen día empecé a perder la cabeza por una hermosa jaquita que pastaba conmigo, cada día más bonita y graciosa en todos los sentidos.

Era risueña y esbelta, tenía movimientos alegres, unos rizos dorados le caían encima de la frente, su cola ondulaba como una bandera. La manada la bautizó Crespitos de sol, yo me enamoré de ella.

Esto ocurrió sin proponérmelo.

Simplemente sucedió que, mientras comíamos de la misma hierba, nuestros labios se juntaron por casualidad. Me aparté un poco turbado, temeroso de que este roce le hubiera causado disgusto, pero ella, en lugar de enojarse, sonreía. De modo que seguimos comiendo de la misma hierba y muy pronto volvimos a rozar nuestros bellos.

Era algo que nunca había experimentado, sentí en el espinazo una descarga eléctrica y al mismo tiempo una oleada de ternura. A ella debió ocurrirle lo mismo, porque en lo sucesivo no volvió a separarse de mí.

Cuando estuvimos perdidamente enamorados el uno del otro, resultó inevitable tratar del asunto. Yo debía acudir ante mi padre y pedirle permiso para juntarme con la hermosa potranca, unión de la que surgiría una nueva familia, y a la larga tal vez una nueva manada. Se lo manifesté así a Crespitos de sol, diciéndole que el destino nos había señalado para tan dulce destino.

Ella, en lugar de mostrarse entusiasmada, dijo que lo pensaría.

Lo que le estaba proponiendo no era nada nuevo. Mi padre era quien autorizaba los enlaces, las parejas se apartaban, tenían su luna de miel y formaban nuevas



familias. Sin embargo, no olvidemos la maldición que el usurpador nos había lanzado al momento de morir. Según ese horrible maleficio, en lo sucesivo la discordia reinaría entre nosotros.

Con toda seguridad fue por eso que al cabo de unos días la hermosa potranca vino a decirme que si la amaba peleara por ella, haciéndome jefe de la manada.

—¿Jefe de la manada? —pregunté sorprendido—, ¡Cómo se te ocurre, si el jefe de la manada es mi padre!

Ella se apartó un poco y me contempló de cuerpo entero.

—Lo que veo en ti es un caballo hecho y derecho, fuerte y esbelto, en plena juventud, listo para convertirse en cabeza de una gran manada —dijo en tono de reto—. Tu padre está viejo, ya es hora de reemplazarlo por alguien más joven, alguien como tú.

Aquellas palabras me causaron un daño terrible.

Los días siguientes la pasé verdaderamente mal. Yo no tenía ambición de convertirme en jefe, y menos deseos de enfrentarme a mi padre. Esto, aparte de causarle un gran disgusto, nos llevaría a un terrible combate del que uno de los dos saldría muerto o gravemente herido. Me entristecí mucho, pero Crespitos de sol continuaba incitándome:

—Quiero casarme con un valiente y primero quiero saber si lo eres.

Sus palabras acabaron por hacer efecto.

La maldición me estaba poseyendo y me llevaba por el mismo camino del usurpador. Yo me resistía, pero la hermosa potranca volvía a juntar sus bellos conmigo, a rozar sus ancas con las mías, a barrerme la nariz con su cola y a insistir de manera melosa:

—Anda, ya es hora de que luches por lo que quieres, como todo un valiente.

Decidí que a la siguiente mañana desafiaría a mi padre, gritándole que saliera a luchar conmigo hasta que uno de los dos muriera.



8. ¡Capturados!

El día amaneció envuelto en una niebla húmeda, todo estaba lechoso, permanecimos agrupados y ateridos de frío, esperando entre el silencio y la bruma. Tan pronto la mañana abriera yo saldría al descubierto, lanzaría un relincho y desafiaría a mi padre. El momento era tan lúgubre que ni siquiera los pájaros dejaban escuchar su canto.

De pronto, un agudo alarido nos llegó desde uno de los costados del llano, e intempestivamente un jinete con el sombrero en la mano salió de la bruma y avanzó entre nosotros.

Toda la manada se sacudió como estremecida por una explosión, reculamos para lanzarnos en dirección contraria, hacia la llanura abierta, pero otro jinete surgido de la nada se interpuso en nuestro camino, y a punta de sombrerazos nos cortó el paso.

Tomamos una nueva ruta, y luego otra, pero cada vez ocurría lo mismo, un jinete con el sombrero en la mano se atravesaba en nuestra retirada. No parábamos de correr, una hora después éramos miles de caballos trotando desesperados sin saber hacia dónde.

Finalmente, resultamos encajonados en una parte del llano de la que no había escapatoria.

¡Estábamos en poder de los humanos!

En el curso de tan sólo una hora nuestra vida había cambiado por completo. Tratamos de sosegarnos, de pensar con cabeza fría.

Por alguna secreta razón, durante el resto del día no ocurrió nada más. Los humanos no volvieron a mostrarse, nos creímos a salvo, aunque su olor seguía acompañándonos en todo momento y nos mantenía alerta. Si tan solo uno de ellos me hubiese tocado habría enloquecido de terror. Así nos ocurría a todos.

Semejante zozobra no me impidió pensar una y otra vez en Crespitos de sol, por quien me preocupaba mucho. ¿Dónde estaría ella? Alargué muchas veces el pescuezo tratando de hallarla, pero no la vi por ninguna parte. No podía ir a buscarla, estábamos encajonados unos contra otros y no era posible moverse,

Según las historias que contaban caballos escapados de los humanos, lo que debía seguir a continuación era que nos echaran encima unos arreos y una silla rústica, sobre la que saltaría un endemoniado jinete, lo cual era la cosa más aterradora que pudiera ocurrirle a un caballo.

Esto se llamaba la doma. Temblábamos de sólo pensarlo. Pero en lugar de ser domados uno por uno, como era la costumbre, nos domaron a todos a la vez.







19. Las catorce cargas

[...] La primera demostración del arte de guerrear en los llanos se la dimos a los de Morillo al momento exacto de salir el sol, dos o tres días después.

La tarde anterior nos dejamos ver. Éramos más de mil quinientas unidades de caballería, lo que de inmediato le hizo pensar a Morillo que iba a librarse una gran batalla. Pero el Catire¹ no dispuso las cosas así, sino que atacáramos en grupos de cien, cargando sobre diversos puntos del enemigo.

Los de España formaban una gran muralla. No falto a la verdad al afirmar que sumaban más de tres mil jinetes. Se nombraban húsares y dragones. Sus caballos eran altos, fuertes, hermosos de ver, adornados como para un desfile.

Poco antes del amanecer nos acercamos a ellos. Sus vigías nos descubrieron de inmediato y tocaron las cornetas, la gran muralla se armó. El sol estaba a punto de salir a nuestras espaldas. Nosotros simplemente esperamos a que saliera.

El sol en el llano es un disco radiante que ciega tan pronto asoma su borde. Los españoles que nos miraban lo vieron aparecer por entre nuestros cascos y quedaron encandilados. En ese preciso instante, atacamos. Ellos no nos veían, ni veían dónde les iban a caer nuestras lanzas.

El combate resultó terrible. Algunos caballos chocaron frente a frente y volaron por los aires. Pero la mayoría de nosotros hicimos lo que nos correspondía hacer, que era simplemente rozar el caballo enemigo y escurrirnos a su lado, facilitando que nuestro jinete se llevara al suyo en la lanza.

Así pasamos de un lado a otro de la gran muralla, como un aguacero que se escurre por entre las hojas de un árbol, casi nadie se atoró allí. En cambio, muchos de los caballos enemigos perdieron sus húsares y dragones.

Esa fue la primera de catorce cargas.

¹ El Catire fue el nombre que las tropas libertadoras le dieron al general venezolano José Antonio Páez, héroe de la independencia americana.



20. El humo en los ojos

Antes de las diez de la mañana no se hizo una segunda carga. Nos la pasamos remolineando perezosos cerca del gran ejército español, tratando de mantenerlos nerviosos, pero sin atacarlos. De vez en cuando salían a perseguirnos, entonces nos apartábamos con rapidez, sin dejarnos alcanzar ni presentar combate.

Sin notarlo, en este suave asedio los jinetes de Morillo se fueron desplazando poco a poco hacia un lugar de pastos más altos y secos. El Catire ordenó entonces que nos colocáramos a barlovento, es decir, del lugar de donde sopla el viento. Tardamos un buen rato en dar con el famoso barlovento, pues no es fácil hallarlo. Por fin las crines empezaron a caerme encima de los ojos, agitadas por el viento que soplaba a mis espaldas.

Entonces comprendí.

Algunos jinetes bajaron rápidamente de sus caballos y con teas encendidas corrieron incendiando el pasto tras de nosotros. En unos segundos el humo nos envolvió y avanzó como una espesa nube rumbo a nuestros enemigos, quienes lo recibieron en plena cara. A los pocos segundos dejaron de vernos.

En ese preciso instante, atacamos. Los jinetes de Morillo no nos veían, estaban ciegos por el humo. Del humo salimos nosotros y salieron nuestras lanzas, sus ojos llenos de lágrimas no nos vieron, cruzamos como una exhalación, cargando con centenares de ellos, sin perder un solo jinete.

Esta fue la segunda de las catorce cargas.

21. Suicidio y locura

Aquel juego empezaba a gustarme, pero me cansaba demasiado. Las cargas eran muy veloces, los giros extremadamente bruscos. Para evitar extenuarnos, los jinetes nos cambiaban a menudo, llegando hasta el lugar donde esperaban los caballos de remuda. Allí nos dejaban durante algunas horas al cuidado de otros jinetes. Luego volvían por nosotros.

La siguiente carga en la que participé fue algo muy parecido al suicidio. El ejército de Morillo se había convertido en una masa de acero, cerrada, impenetrable, erizada de lanzas. El Catire ordenó cargar sobre ella sin contemplaciones, corrimos al choque como quien se precipita contra un muro de hierro. Sabía que perdería la vida, los caballos de Morillo estaban tan unidos que no podíamos deslizarnos entre ellos. Los pechos de esos caballos eran mucho más fuertes que los nuestros, chocaríamos contra una roca sólida, se nos partiría el corazón, todo acabaría.

Pero, entonces, a escasos ochenta cuerpos, nuestros jinetes empezaron a tirar suavemente de las riendas hacia uno de los costados. Comenzamos a abrimos en abanico, en lugar de chocar de frente con la muralla la rozamos por sus bordes, como una golondrina que roza la superficie de un lago.

Sin embargo, luego de evitar el choque nos cerramos a sus costados, la aruñamos, la rastrillamos. O mejor, la rastrillaban las lanzas de nuestros jinetes al pasar, cargando con numerosos dragones.

Esta era la quinta carga, me había perdido las dos anteriores. En total, aquel día le propinamos a Morillo catorce cargas seguidas, todas tan violentas y letales que le quitaron para siempre la ilusión de victoria.

La última se la dimos en plena noche, cuando sus agotados jinetes dormían al raso en la llanura, tratando de recuperar fuerzas. El Catire ordenó que amarraran a nuestros corvejones todos los cueros de res de las últimas matanzas de ganado, los arrastramos metiendo un ruido infernal y levantando una gran nube de polvo. Los realistas despertaron sobresaltados, pensaron que un ejército descomunal les caía encima y echaron a correr como conejos asustados. Los arrollamos en nuestra carrera y de paso nos llevamos sus monturas.

Nunca me imaginé que la vida de los humanos fuera tan loca.



Títulos de la serie

LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

De viva voz Relatos y poemas para leer juntos

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la Diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare
(versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

Cuento de José Martí

Leer es mi cuento 17

Cuentos de

Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21

Fábulas

F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22

La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont

Leer es mi cuento 23

Por qué el elefante

tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

Folclor español.

Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27

Memorias de un abanderado

José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28

Espadas son triunfos

Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29

Cantos populares

de mi tierra

Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30

Rapunzel y Pulgarcito

Grimm / Perrault.

Leer es mi cuento 31

Las travesuras de Naricita

Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32

La gata blanca

Madame d'Aulnoy.

Leer es mi cuento 33

Versos sencillos *(Selección)*

José Martí.

Leer es mi cuento 34

Memorias de un caballo de la Independencia *(Selección)*

Gonzalo España.

Leer es mi cuento 35

Cuentos y arrullos del folclor indígena y campesino colombiano

Leer es mi cuento 36

Cuentos y arrullos del folclor afrocolombiano

Leer es mi cuento 37

Una ronda de Don Ventura

Ahumada

Eugenio Díaz.

Leer es mi cuento 38

La Expedición Botánica contada a los niños *(Selección)*

Elisa Mújica

Consulte los libros digitales y el glosario aquí: www.maguared.gov.co/serie-leer-es-mi-cuento-todos-los-titulos/



En este breve libro su autor, Gonzalo España, rinde homenaje a la gran gesta libertadora. Por sus páginas el lector sabrá de las arduas y duras jornadas y batallas que fueron el día a día de los héroes-soldados a quienes debemos la libertad. *Memorias de un caballo de la Independencia*, heredero de una larga tradición que cuenta con libros tan hermosos en nuestra literatura, como *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez y *El Moro* de José Manuel Marroquí, posee como aquellos un aplomo y una sinceridad que cautiva a sus lectores.



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia



Biblioteca
Nacional de
Colombia